

¿ES POSIBLE EDUCAR LA VOLUNTAD?

Araceli Jara Cotrina¹

INFORMACIÓN DEL ARTÍCULO

Historia del artículo:

Recibido el 12 de julio de 2018

Aceptado el 31 de julio de 2018

Palabras claves:

Educación

Voluntad

Antropología filosófica

Afectividad

RESUMEN

La educación de la voluntad es una tarea ardua que implica paciencia y constancia tanto del que educa como del que es educado. Supone además, la intervención de unos elementos necesarios, tales como: la motivación, el esfuerzo y la práctica de algunas virtudes. Así, una persona con voluntad bien educada será eficaz y constante en querer el bien, tenaz frente a las dificultades, y capaz de gobernar y encauzar sus pasiones. En la educación de la voluntad también se hace necesaria la colaboración de los padres, especialmente en la niñez y adolescencia, hasta que poco a poco cada uno adquiera la responsabilidad de la auto-educación.

IS IT POSSIBLE TO EDUCATE THE WILL?

ABSTRACT

Keywords:

Education

Will

Philosophical Anthropology

Affectivity

The education of the will is an arduous task that implies patience and witness so much of the one that it educates like of the one that is polite. Besides, it supposes the intervention of a few necessary elements: the motivation, the effort and the practice of some virtues. In this way, a polite person will be effective and constant to do good thinks, tenacious to confront the difficulties, and capably of governing and channeling his passions. In the education of the will also the collaboration of the parents becomes necessary, specially in the childhood and adolescent; until that step by step each one acquires the responsibility of the auto-education.

Introducción

Actualmente existe una tendencia en el ser humano a valorar el sentimiento, los gustos, y los placeres por encima de la razón

y la voluntad. Se podría decir que el “homo sapiens” –aquel que se rige por la inteligencia y la voluntad– está siendo superado por el “homo sentimental”. Esto se evidencia, en la variedad de actitudes que tienen los seres

¹ Maestra en Bioética. Investiga en temas de bioética e ideología de género. Docente de la Universidad Católica Santo Toribio de Mogrovejo Chiclayo, Perú. Email: ajara@usat.edu.pe. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-9612-7422>

humanos pequeños y grandes respecto a sus responsabilidades cotidianas, que normalmente “depende” de cómo se siente. Se estudia si se “siente ganas de estudiar”, se trabaja “si se siente con ganas de trabajar”, se ama solo cuando “siente” amor y cuando ya no “se siente amor” se acaba la relación... Ya no manda la fuerza del deber o de la bondad que resulta de la acción bien hecha que tendría como télos, la felicidad, sino más bien, el cómo uno se siente. La voluntad se vuelve, así, cada vez más débil y frágil que cualquier cosa por pequeña que sea le hace, a uno, desviarse de la meta o de sus objetivos y fines.

Esto se agudiza cada vez más con la “ley del mínimo esfuerzo” producto de las nuevas tecnologías y medios de comunicación que producen el “facilismo”. Pues, todo se quiere conseguir rápidamente y con el menor desgaste físico e intelectual posible. En efecto, mientras la sociedad necesita con urgencia cimentar virtudes en sus vidas, paradójicamente se promueven corrientes de materialismo (búsqueda irreprimible de satisfacción de los bienes corporales y materiales) y hedonismo (búsqueda del placer como fin); que proveen una vida cómoda y superficial dejando de lado el esfuerzo por alcanzar ideales. Tenemos, por tanto, un reto para todo educador de hoy: ser capaz de educar la voluntad de sus educandos y enseñarles a optar por ideales grandes, que den sentido a sus vidas.

A continuación, se explica de modo sucinto cómo educar la voluntad de los niños y jóvenes de nuestro tiempo. Para ello, hablaré en primer lugar del fin de la educación y de cómo ésta va dirigida propiamente a las facultades superiores de la persona entre ellas la voluntad y finalmente propondré unos elementos necesarios para educar la voluntad.

Educación

La educación se refiere siempre al hombre. Es un proceso humano que encierra necesariamente la orientación a un fin y este fin implica siempre una mejora, un perfeccionamiento. Todo ser humano busca y tiende a la perfección y la educación tiene por finalidad ayudar en el perfeccionamiento de la naturaleza humana; busca que cada educando se desarrolle plenamente y se integre positivamente en la realidad en la que vive. Educar es “desarrollar armónicamente todas las facultades específicamente humanas” (Morales.1987, p.40). Por tanto, no nos podemos olvidar que la formación humana debe ser integral, pues la persona es “una unidad en su ser; unidad que se opera mediante sus potencias que se articulan en su actuación” (Altarejos. 2004, p. 199).

La educación en su raíz terminológica “implica tanto el cuidado y la conducción externa, como la necesaria transformación interior. Exige una influencia, que siempre provendrá del exterior, como un proceso de maduración, que sólo puede llevar a cabo el propio sujeto que se educa” (Medina. 2001, p.32).

En este sentido, se habla de la educación como la “integración de la actividad de enseñar con la acción de aprender cuando ésta tiene carácter formativo, es decir, implica crecimiento perfectivo para el que aprende” (Altarejos. 2004, p. 197). En la educación se da, entonces, una combinación de factores externos que influyen en la enseñanza (padres de familia, maestros, medios de comunicación, etc.) y otros internos que dependen del propio sujeto que se educa (personalidad, niveles cognitivos, ritmos de aprendizaje, habilidades naturales, etc.).

Es importante, estar atentos a factores externos que enseñan, pero no educan, como

por ejemplo, lo que sucede con algunos medios de comunicación que influyen de manera negativa en la conducta humana y terminan por un lado, debilitando la voluntad y por otro, destruyendo la conciencia moral de niños y jóvenes.

Del mismo modo, hablando de los elementos internos del sujeto que se educa, es importante saber que son las facultades racionales, las más susceptibles de formarse, pues, son enteramente espirituales, por tanto, su crecimiento y perfeccionamiento es irrestricto por eso, el ser humano nunca deja de educarse. Sin embargo, a pesar que *la inteligencia y la voluntad son el objeto de la enseñanza y el núcleo decisivo de la formación humana*, no son el primer referente de la acción educativa; pues, estas potencias superiores requieren de un desarrollo proporcionado de las potencias inferiores para poder operar en plenitud (Altarejos. 2004, p. 199).

Para educar, se debe tener en cuenta que los actos de la inteligencia y de la voluntad están íntimamente relacionados. Pues, con la educación lo que se persigue es que el que aprende entienda y quiera a la vez lo que hace. Sin embargo, aun estando relacionados los actos de la inteligencia y de la voluntad, la educación de cada una se denomina de modo distinto: cuando se incide en la educación de la inteligencia, se denomina formación de hábitos intelectuales y cuando se incide en la voluntad, se denomina formación de virtudes, pues, difieren en el modo de adquirirlas.

Así, cuando se habla específicamente de educación de la voluntad lo que se pretende es ayudar a formar virtudes, y ésta “es la finalidad de la enseñanza en la medida que pretenda ser educativa, pues a través de ellas el ser humano crece en la posesión de sus actos, lo que constituye la médula de su

perfeccionamiento personal. *La formación de hábitos operativos buenos o virtudes con la ayuda de la enseñanza es la esencia de la educación*; y siendo las virtudes perfecciones intrínsecas de las potencias humanas, la educación se realizará según la capacidad de actualización de éstas” (Altarejos. 2004, p. 197).

Para Rojas (1996), educar “es ayudar a alguien para que se desarrolle de la mejor manera posible en los diversos aspectos que tiene la naturaleza humana” (p.33). Así pues, la educación no solo es instrucción (adquisición de determinados conocimientos relacionados con alguna materia). Educación es sobre todo formación de criterios para regir el comportamiento. Por tanto, los conocimientos adquiridos deben favorecer la construcción de un hombre más maduro, más humano, más dueño de sí mismo y más espiritual.

La voluntad

Pero, *¿Qué es la voluntad?*, *¿Es posible educarla?* El ser humano no solo tiene una capacidad que le lleva a conocer y juzgar la verdad, sino que también quiere y elige aquello que conoce. Este objeto conocido y percibido por la inteligencia se denomina bien y es el objeto propio de la voluntad. Sin embargo, elegir el bien no es fácil, pues, aunque los entes son bienes en sí mismos (bienes ontológicos), algunos no son convenientes, es decir, no ayudan a perfeccionar a la persona sino que la deterioran. Por ello, a la elección de un bien precede el conocimiento de ese bien.

La voluntad es la facultad de querer el bien. Etimológicamente proviene del latín “voluntas-atis” que significa *querer*. Sin embargo, es preciso distinguir entre querer y desear, pues, muchas veces se utilizan como

sinónimos. Tanto el desear como el querer se ponen en movimiento a partir de un conocimiento previo. Son actos distintos, el primero es sensible y el segundo es espiritual o intelectual y se dirigen al bien de manera distinta. El deseo tiende al bien sensible, percibido e imaginado, mientras que el querer tiene por objeto un bien inteligible.

La voluntad es "un apetito racional. (...) todo apetito es sólo del bien. La razón de esto es que un apetito no es otra cosa que la inclinación de quien desea hacia algo. Ahora bien, nada se inclina sino hacia lo que es semejante y conveniente. Por tanto, como toda cosa, en cuanto que es ente y sustancia, es un bien, es necesario que toda inclinación sea hacia el bien" (S. Th. I-II, q. 8 a. 1).

Si la voluntad se dirige siempre hacia el bien. Conviene, entonces conocer *qué es el bien*. El Diccionario de la Real Academia lo define como "aquello que en sí mismo tiene el complemento de la perfección en su propio género, o lo que es objeto de la voluntad, la cual ni se mueve ni puede moverse sino por el bien, sea verdadero o aprehendido falsamente como tal". Lo que hace inferir que el bien es el objeto de la voluntad aunque nos equivoquemos eligiendo. Pues, nadie quiere o ama el mal, sino que lo elige en cuanto lo percibe como bien.

Para que la voluntad haga una buena elección del bien, se hace necesaria la intervención de la inteligencia. Pues, no se quiere lo que no se conoce. En consecuencia, la voluntad quiere lo que antes ha sido considerado por la inteligencia como bueno. Así lo menciona santo Tomás "lo aprehendido bajo razón de bien y de conveniente mueve a la voluntad como objeto" (S. Th. I-II, q. 9 a. 2).

Educación de la voluntad

Una persona con voluntad bien educada será eficaz y constante en querer el bien, tenaz frente a las dificultades, y capaz de gobernar y encauzar sus pasiones. Allí radica su importancia. Pues, "a una voluntad constante nada se resiste. El tímido se hará decidido y audaz. El apático se convierte en activo. El carente de iniciativa y responsabilidad, aguzará su ingenio, intentará soluciones atrevidas" (Morales.1987, pp.242-243).

Y ¿Cómo educar la voluntad? Educar la voluntad no es una tarea fácil, pues, no solo depende de quién educa, sino también de quien es educado. Además, se trata de un proceso gradual y progresivo: "una voluntad recia no se consigue de la noche a la mañana. Hay que seguir una tabla de ejercicios para fortalecer los músculos de la voluntad, haciendo ejercicio repetidos y que supongan esfuerzo" (Aguiló. 2001, p. 130). A continuación se mencionan diez criterios a tener en cuenta en la educación de la voluntad, propuestos por Enrique Rojas (1996):

Primero, "*la voluntad necesita un aprendizaje gradual, que se consigue con la repetición de actos en donde uno se vence, lucha y cae, y vuelve a empezar*" (p. 226). Este modo de obrar en filosofía se denomina virtud. La virtud se adquiere con la repetición de actos buenos.

Segundo, "*para tener voluntad hay que empezar por negarse o vencerse en los gustos, los estímulos y las inclinaciones inmediatas*" (p. 226). Este aspecto no es fácil pues requiere mucha ascesis o espíritu de mortificación. En tal sentido, la labor de los padres y docentes en esta tarea educativa es decisiva: "deben -con mucha sabiduría- hacer

atractiva la responsabilidad, el deber y las exigencias concretas” (p. 226).

Aquí es importante enseñar a actuar con libertad. La libertad “no es hacer lo que uno quiere o seguir los dictados inmediatos de lo que deseamos, sino vencerse en pequeñas luchas titánicas para alcanzar las mejores cimas del propio desarrollo” (p.227). Por eso, actuar con libertad implica ser responsables y dueños de nuestros actos.

Tercero, *“cualquier aprendizaje se adquiere con más facilidad a medida que la motivación es mayor”* (p.228). La motivación juega un papel importantísimo en la educación de la voluntad. “El ejercicio de luchar por nuestros objetivos se estira más gracias a la fuerza de los contenidos que los mueven. (...) el que no sabe lo que quiere, el que no tiene la ilusión de alcanzar algo, difícilmente tendrá la voluntad preparada para la lucha” (p.229).

Cuarto, *“tener objetivos claros, precisos, bien delimitados y estables*. Cuando esto es así y se ponen todas las fuerzas en ir hacia delante, los resultados positivos están a la vuelta de la esquina, y no tiene cabida la dispersión de objetivos, ni tampoco querer abarcar más de lo que uno puede” (p. 230).

Quinto, *“toda educación de la voluntad tiene un fondo ascético, especialmente en sus comienzos*. Hay que saber conducir las ansias juveniles hacia una meta que merezca realmente la pena. Ahí es donde resulta decisiva la tarea del educador por un lado, y la de los padres, por otro” (p. 231). Los grandes proyectos y las mejores aventuras, “brotan de algo pequeño, que crece y se hace caudaloso a medida que la lucha personal no cede, no baja la guardia, insistiendo una y otra vez” (p. 231).

Sexto, *“a medida que se tiene más voluntad, uno se gobierna mejor a sí mismo, no dejándose llevar por el estímulo inmediato*. El dominio personal es uno de los más

extraordinarios retos, que nos elevan por encima de las circunstancias. Se consigue así una segunda naturaleza. Uno no hace lo que le apetece, ni escoge lo más fácil y llevadero, sino que se dirige hacia lo que es mejor” (p. 231).

Séptimo, *“una persona con voluntad alcanza las metas que se había propuesto con constancia”* (p.232). Es importante en la educación de la voluntad, la práctica de algunas virtudes, tales como: el orden, la tenacidad, la disciplina, la alegría constante y la mirada puesta en la meta.

Octavo, *“es importante llegar a una buena proporción entre los objetivos y los instrumentos que utilicemos para obtenerlos*; es decir, buscar la armonía entre fines y medios. Hay que intentar una ecuación adecuada entre aptitudes y limitaciones, pretender sacar lo mejor que hay en uno mismo, poniendo en marcha la motivación, configurada gracias a las ilusiones, así como el orden, la constancia, la alegría y la autoridad sobre nosotros mismos, para no ceder ni un ápice en lo propuesto” (p.232).

Noveno, *“una buena y suficiente educación de la voluntad es un indicador de madurez de la personalidad*. No hay que olvidar que cualquier avance de la voluntad se acrecienta con su uso y se hace más eficaz a medida que se incorpora con firmeza en el patrimonio psicológico de cada uno de nosotros. *Una persona madura y con equilibrio psicológico ofrece un mosaico de elementos armónicamente integrados, en donde la voluntad brilla con luz propia”* (p.233).

Décimo, *“La educación de la voluntad no tiene fin*. Esto significa que el hombre es una sinfonía siempre incompleta, y que, haber alcanzado un buen nivel no quiere decir que se esté siempre abonado al mismo, ya que las circunstancias de la vida pueden conducir a posiciones insólitas, inesperadas, difíciles o

que obligan a reorganizar parte de la estructura del proyecto personal” (p.233).

Factores que intervienen en la educación de la voluntad

Para poder poner en práctica los criterios, antes descritos, es necesario considerar la intervención de unos *elementos necesarios*; estos son: la *motivación, el esfuerzo y la práctica de virtudes* (especialmente la fortaleza, constancia, prudencia, templanza, orden, tenacidad, entre otras).

Así pues, el querer de la voluntad es un querer motivado, o impulsado por un interés o motivo. Todo aquello que desde nuestro interior nos mueve a hacer, a pensar, a decidir, esta movido por una motivación que puede ser intrínseca, extrínseca o trascendental. Por tanto la voluntad necesita razones para adherirse a un determinado bien.

La *motivación* está constituida por todos los factores capaces de provocar, mantener y dirigir la conducta hacia un objetivo. En tal sentido, “los agentes motivadores son los que ponen en marcha la voluntad y la hacen realidad, fácil, bien dispuesta; capaz de superar las dificultades, frenos y cansancios propios de ese esfuerzo. Motivación, por tanto, es ver la meta como algo grande y positivo que podemos conseguir (Rojas. 1996, p.20).

Los grandes proyectos y empresas se logran con mucha dosis de motivación y esfuerzo. “Estar motivado significa tener una representación anticipada de la meta, lo cual arrastra a la acción. De ahí emerge buena parte del proyecto personal que cada uno debemos tener” (Rojas. 1996, p.22). Así pues, una fuerte y clara motivación es el mejor punto de partida para educar la voluntad.

Aunque, al principio, el camino sea siempre áspero y costoso.

La motivación es esencial, también, en el proyecto personal, hace que “sea argumental, que tenga un carácter programático, elaborado por una sucesión de pequeñas superaciones, sobre las que la voluntad se va fortaleciendo, acrisolándose, haciéndose madura. El individuo con este tipo de voluntad sabe lo que quiere y pone de su parte lo necesario para ir poco a poco consiguiéndolo” (Rojas. 1996, p.29).

Por otro lado, cabe considerar que “una voluntad reflexiva, decidida, enérgica y constante sólo la transmite el educador que la posea. No podrá adquirirla ni, por lo tanto, transmitirla a otros, si no clava sus ojos en un gran ideal. Las pequeñas, pero constantes renunciaciones son el precio que hay que pagar para alcanzar una voluntad adornada con esas cualidades. No pueden hacerse esas renunciaciones con continuidad sin un gran amor, un gran ideal” (Morales, 1985, p. 415).

El segundo elemento que no debe faltar en la educación de la voluntad es el *esfuerzo*. Éste es “el impulso vigoroso y definitivo que hace posible al hombre convertir en realidad sus proyectos” (Tierno. 1994, p. 103). Una persona que se esfuerza mejora, se perfecciona cada vez más. Es capaz de afrontar la vida con sus dificultades tratando de resolverlas aunque le cueste sacrificio grande o pequeño. Esforzarse por hacer lo mejor aunque algunas veces no se consiga lo que nos proponemos, implica una gran capacidad de aceptación. No cabe duda, pues, que el esfuerzo es un elemento importantísimo en la educación de la voluntad. Pues, una persona con voluntad es aquella que a base de esfuerzo y de tenacidad, consigue siempre lo que se propone si sus objetivos son realistas.

El esfuerzo es muy importante, pero, ¿por qué nos esforzamos? Esforzarse por esforzarse no tiene sentido, nos esforzamos por algo que vale la pena, cuando encontramos impedimentos para lograr nuestros objetivos; “nos esforzamos en definitiva, ante valores descubiertos, en proceso de interiorización” en la interiorización de un valor se distinguen cinco etapas: 1° descubrirlo, 2° aceptarlo, 3° preferirlo, 4° comprometerse con él, 5° organizar la vida en función de ese valor. (Otero, 2002, p. 53). Estas etapas, se dan en todos los valores que interiorizamos los cuales nos ayudan a crecer como personas y a perfeccionarnos.

Tierno (1994, p. 105), sugiere unas pautas para lograr una fuerte voluntad: Primero, formular el propósito de forma positiva y no emplear expresiones como “lo intentaré”, sino “voy a hacer tal cosa AHORA, y hacerla, sin más”. Segundo, fijarse objetivos y propósitos posibles y medibles, evaluando en qué medida lo hacemos realidad. Tercero, tener claro que tú eres el único responsable; no culpes a otros. Cuarto, ayúdate con ejemplos vivos de fuerte voluntad. Y quinto, felicítate, prémiate, concédete recompensas tras cada logro, tras cada esfuerzo y acto de voluntad.

Y como tercer elemento tenemos la **práctica de virtudes**, en especial aquellas que ayudan en el fortalecimiento directo de la voluntad. Algunas de ellas son: la fortaleza, constancia, prudencia, templanza, orden, tenacidad, etc. Explicaré brevemente alguna de ellas:

La fortaleza, es la virtud mediante la cual somos capaces de soportar o vencer los obstáculos que se oponen al bien. Fernández (1995, p. 718), lo define como la virtud que “hace al hombre intrépido frente a cualquier peligro y prueba de la vida, que desafía sin

miedo y al que se enfrenta con valor. La fortaleza se hace presente en dos actos fundamentales: atacar y resistir. Unas veces hay que atacar para la defensa del bien, reprimiendo o exterminando a los enemigos, y otras será necesario resistir con firmeza sus asaltos para no retroceder un solo paso en el bien conquistado. De estos dos actos, el más propio de la virtud de la fortaleza es el resistir, según señala Santo Tomás de Aquino y es también el más difícil”.

La prudencia, es una virtud que nos impulsa a medir las consecuencias de nuestras acciones, es decir, a reflexionar antes de obrar o de tomar una decisión. La prudencia “es el juicio práctico que nos dice en cada caso lo que conviene hacer o dejar de hacer, la que nos enseña los medios que nos conducen al fin que pretendemos, la que nos indica cuándo y cómo debemos obrar” (Fernández.1995, p. 1200).

La templanza, es una virtud y como tal es un hábito operativo bueno adquirido por la repetición de actos. Por medio de ella “se moderan las pasiones del apetito concupiscible. Su nombre etimológico es temperantia y significa moderación (...) El verdadero significado de la templanza es el ser un hábito por el cual se posee una discreción ordenada, del apetito que se dirige al bien sensible inmediato” (Castillo. 2000, pp.70-71)

La voluntad está inclinada naturalmente al bien específico, honesto o moral; pero puede apartarse del mismo, al dejarse arrastrar por las pasiones de bienes deleitables. Para seguir su inclinación natural al bien honesto la voluntad debe, pues, moderar tales apetitos sensitivos, para usar de ellos sólo en la medida necesaria para la consecución de sus fines respectivos; a ello le ayuda la templanza. La templanza se asienta en la voluntad libre.

Su importancia radica en que la templanza “hace posible un recto uso de los bienes sensibles inmediatos, evitando que sean éstos los que determinen la vida del sujeto, lleva a respetar los fines propios de los actos de comer y beber así como los actos de la reproducción humana de manera que no impidan el desarrollo y perfeccionamiento del sujeto subordinándolos a bienes últimos superiores” (Genara Castillo. 2000, p.73).

La constancia, es la virtud que nos lleva a que una vez tomada una decisión se lleve a cabo lo necesario para alcanzar las metas, aunque surjan dificultades externas o internas, y pese a que disminuya la motivación personal a través del tiempo transcurrido, sustentando el trabajo en un a fuerza de voluntad sólida que nos lleve a un esfuerzo continuado para pasar a la acción venciendo las dificultades y venciéndonos a nosotros mismos.

Con la práctica de la constancia los valores humanos se desarrollan “sin la constancia, tus valores humanos se atrofian. Ni se desarrollan, ni puedes sobrenaturalizarlos” (Morales, 1971, p. 39). Muy unida a esta virtud está la perseverancia que es la virtud por la cual se sostiene el esfuerzo en la realización de una tarea ardua, a pesar del tiempo que conlleve.

“El hombre constante mira hacia adelante, con la ilusión de alcanzar la cima deseada y por eso se mantiene firme, inalterable. De ahí la importancia tan esencial de las motivaciones, como comentaremos más adelante” (Rojas.1996, p. 88).

Quisiera enfatizar que la voluntad es educada básicamente en el seno de la familia. Los valores se adquieren en la convivencia familiar. “Los padres han pasado a ser los protagonistas de la formación de sus hijos” (Corominas, 2004, p. 16).

Es importante, que los padres eduquen en el esfuerzo, enseñando sobre todo a luchar

y no siempre a triunfar, primero consigo mismo y luego con las dificultades exteriores. Pues, como dice Martín Descalzo “No es grande el que triunfa, sino el que jamás se desalienta” (Tierno. 1994, p. 108). En consecuencia, “al ser humano desde niño se le debe enseñar y convencer de que ha nacido para triunfar, para progresar; que está organizado y bien capacitado para el éxito, para vencer, pero la primera victoria la ha de librar consigo mismo” (Tierno. 1994, p. 112). Por tanto, la voluntad crece con el ejercicio de las virtudes; es decir, con la repetición de hábitos operativos buenos.

Conclusiones

Finalmente, respondiendo a la pregunta inicial se puede decir que si es posible educar la voluntad. Sin embargo, no es una tarea fácil, implica determinación, firmeza en los propósitos, solidez en las pequeñas metas, no desanimarse ante las dificultades, teniendo en cuenta que todo lo grande exige renuncia; todo esto requiere una paciencia infinita del estudiante así como del educador, pues, *la educación de la voluntad dura toda la vida*. Por otro lado, se debe considerar también, la personalidad propia de cada educando –no todos responden al mismo ritmo–; por tanto, los cambios se van dando en función de la persona a quien se educa. En la educación de la voluntad también se hace necesaria la colaboración de los padres, especialmente en la niñez y adolescencia, hasta que poco a poco cada uno adquiera la responsabilidad de la auto-educación.

Bibliografía

Aguiló, A. (2001) *Educación del carácter* (6ª Ed.) Madrid: Editorial ediciones Palabra.

Aquino, T. (2001). *Suma Teológica*. Volumen II, Parte I-II (4° Ed.) Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos (BAC).

Altarejos, F.; Naval, C. (2004) *Filosofía de la Educación*. (2° Ed.) Pamplona: Ediciones Universidad de Navarra.

Castillo, G (2000) *Hacia el conocimiento de uno mismo: Apuntes de Antropología Filosófica*. Piura: Universidad de Piura.

Corominas, F. (2004) *Cómo educar la voluntad* (10° Ed.) Madrid: Editorial ediciones Palabra.

Fernández, F. (1995) *Antología de Textos* (11° Ed.). Madrid: Ediciones Palabra.

Medina, R.; García, L.; Ruiz, M. (2001) *Teoría de la educación social*. Madrid: UNED.

Morales, T. (1985) *Hora de los Laicos*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos (BAC).

Morales, T. (1971) *Coloquio Familiar*. Madrid: Ediciones Cruzadas de Santa María.

Otero, O. (2002) *Educación la voluntad*, (2° Ed.). Madrid: Editorial ediciones internacionales universitarias, S. A.

Rojas, E. (1996) *la conquista de la voluntad: Cómo conseguir lo que te has propuesto*. (4ª ed.). Madrid: Editorial Temas de Hoy.

Tierno, B. (1994) *Valores Humanos*. Volumen III. (4° Ed.). Madrid: Editorial: Taller de Editores.